



Don Quijote en Microrrelatos - 3



Foto Luis Ocharán , 1905 publicada en Graphos ILustrado, febrero 1906

Tercera entrega de Microrrelatos sobre *El Quijote*. La foto de arriba fue realizada por Luis de Ocharán, millonario bilbaíno (Bilbao 1858-1926), oriundo de Castro Urdiales donde se hizo construir un observatorio pues fue hombre que tuvo muchas aficiones como la astronomía , la literatura, o la fotografía como muestra la foto en una serie ilustrando el Quijote y que no llegó a finalizar porque sus obligaciones empresariales le impidieron dedicar el tiempo necesario.

Luis Cernuda

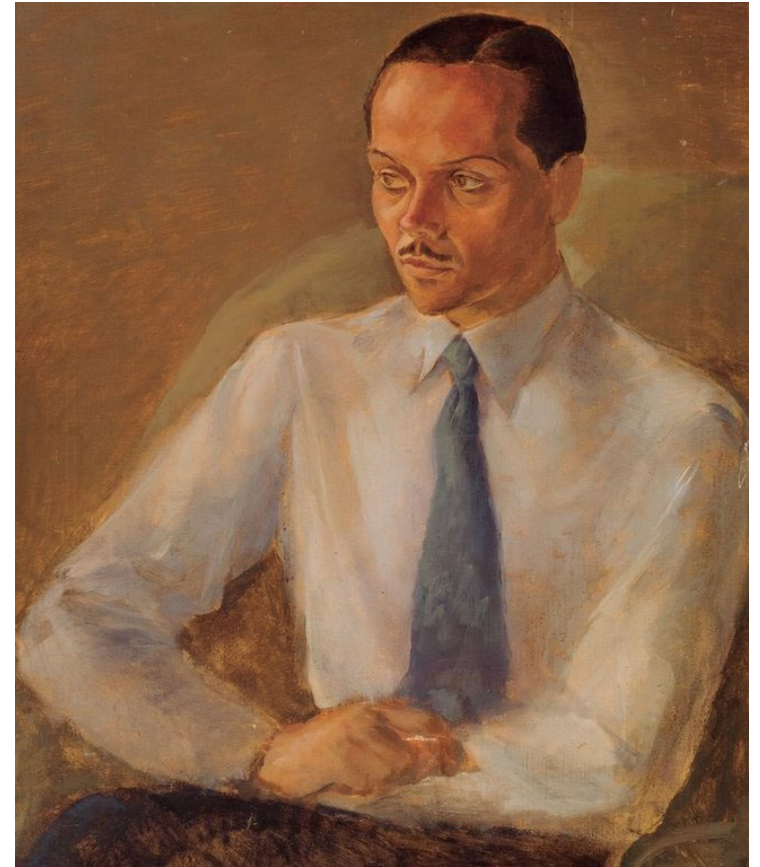
Cervantes. 1943. *Bulletin of Hispanic Studies* nº 20. Recogido en *Anthropos* suplemento 16. Barcelona 1989.

Hablar de decadencia nacional para explicar a Don Quijote, como hacen los de 1898, es confundir la vida con el aire. El fondo histórico sobre el cual éste se mueve puede condicionarle, pero nunca explicarle.

Tras de todo ello late una manía común a los españoles: tratar nuestro pasado como algo que puede modificarse aún, o al menos como algo que podemos darnos la satisfacción de reprochar a alguien. Y así unos quieren borrar la política española contraria a la Reforma, y otros, con reacción equivalente, quieren borrar nuestro despotismo ilustrado; los primeros sueñan con un heterodoxo del siglo XVII en nuestra tierra, y los segundos con resucitar en tiempos modernos la Inquisición. Pero esto ya no es tanto actitud de las gentes de 1898 como de quienes sin su inteligencia ni su cultura nos aturdieron los oídos con que les dolía España; y para curarse ese dolor, como antes se andaban a cristazo limpio con los herejes, ellos han andado (permítaseme lo absurdo de la expresión) a españetazo limpio con quienes gozábamos de perfecta salud española y no nos dolía nuestra tierra en parte alguna, o si nos dolía, guardábamos ese dolor para nosotros mismos.

Como ejemplo de tal extraña confusión entre arte e historia, entre vida y anécdota, recuérdense aquellas páginas con que Unamuno abre su *Vida de Don Quijote y Sancho*; aquella elocuente tirada donde se nos propone, a manera de romería laica, la búsqueda del sepulcro de Don Quijote. Se trata de una caminata espiritual, no sin ciertas reminiscencias de aquella que cumplieron los magos de Oriente, con su estrella guiadora y todo, donde los peregrinos cantan y caminan y procrean con sus mujeres; aunque no es seguro si, tras el esfuerzo de los pulmones para el canto y de las piernas para la marcha, les quedaría residuo de fuerza sobrante para cumplir el débito conyugal. Parece como si al encontrar al fin aquel tan deseado sepulcro, aunque Unamuno mismo no está convencido de que tal cosa sea posible, todos los males y desgracias nacionales se curaran casi por ensalmo.

Antes de emprender tal caminata orfeónica y procreativa en pos del sepulcro de Don Quijote, como si Don Quijote fuera un santón o morabito africano, vale más pararse a preguntar: pero ¿está Don Quijote muerto? ¿A qué buscar el sepulcro de quien sabemos dónde encontrar vivo? Ya vimos antes que tras Don Quijote está su autor. Y si a Unamuno le molesta Cervantes, y pretende dejarlo a un lado, no pueden movernos las mismas razones a quienes sólo afecto, admiración y respeto sentimos hacia él. No tengo sino alargar mi brazo y alcanzar su libro para toparme con Don Quijote, hablándome y acompañándome como nadie en el mundo me habló ni me acompañó jamás. Lo abro, y la voz misma que respondió a la mía balbuciente por primera vez sobre unas páginas, la misma que respondió a mis sueños de juventud, vuelve a hablarme ahora. Pero ahora con un tono más grave y hondo, sin perder por eso su divina sonrisa. □



Luis Cernuda por Ramón Gaya, 1932



En un lugar de la Mancha

Raymundo Ramos. *Minificción mexicana*. Lauro Zabala [ed.] s/d

Tenía las piernas fuertes y musculosas y los brazos velludos; la cara grande y morena de papa recién desenterrada. El corpiño le apretaba el seno opulento y la sofocaba haciéndole salir los colores de las mejillas. Las manos rojas y ásperas como langostas, de fregar platos. Toda ella despedía tufo de cebollas.

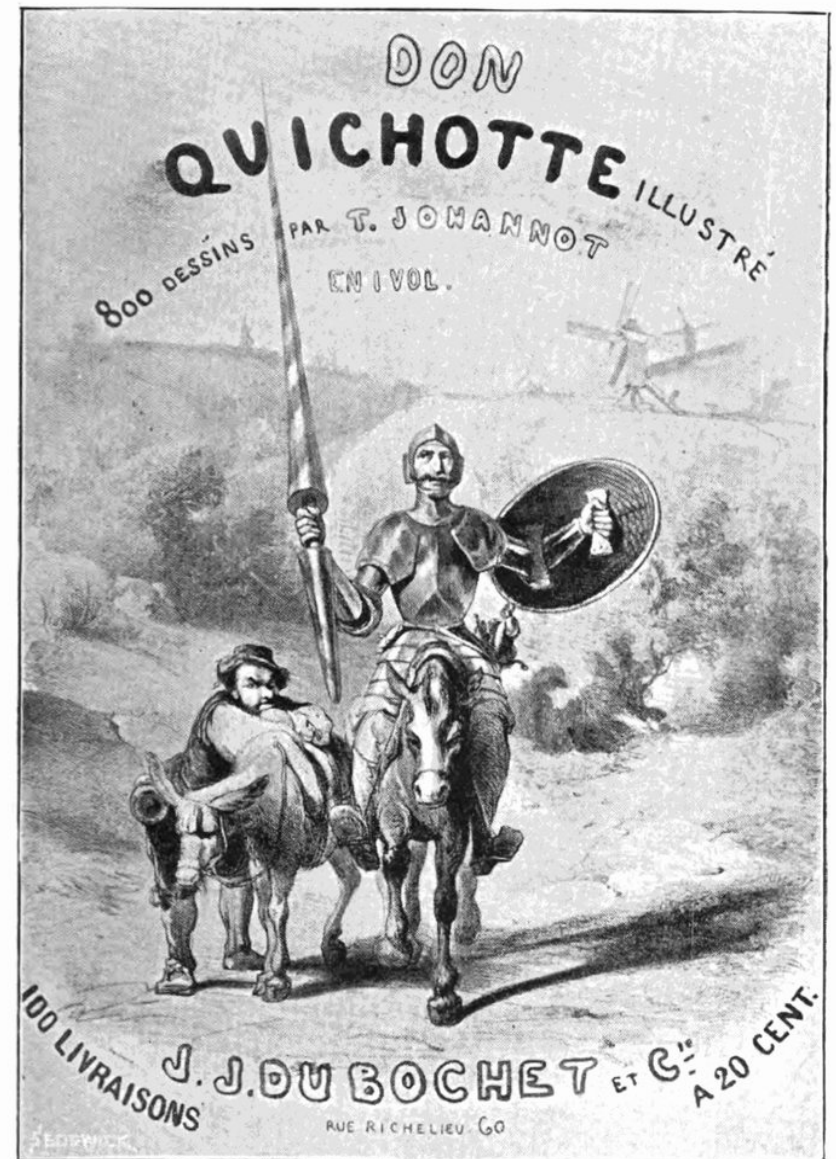
El ventero aflojaba el cinturón —cincha de asno— y le temblaba el odre de la barriga. Se acostaban en el cobertizo, entre las pellejas de vino, las bolas de queso y las piernas de jamón serrano. Él la acometía con ímpetu de garañón —bizqueando el ojo caliente del deseo—, mientras ella triscaba briznas de paja con los dientes blancos y caballunos; veía entonces —en las imágenes del recuerdo— al hombre desgarrado y ridículo que le decía palabras (que ella sospechaba amorosas) en un castellano apenas comprensible.

Satisfechas las urgencias, se sentaba en el brocal del pozo para trenzarse guirnaldas en la espesa cabellera. El aire traía parpar de panderetas y el rasgueo minucioso de guitarras. □

La bibliotecaria

Francisco Garzón Céspedes. *Antología microficción narrativa*. Ed. Cumbres, Madrid 2016

La bibliotecaria no se inquieta por la agitación del libro en el estante sino por el ruido al estrellarse el volumen contra el suelo. Se trata de un ejemplar de Don Quijote de la Mancha. A continuación ella no repara en lo extraño de que, a unos pasos, escuche el resoplar de Rocinante y la voz de Don Quijote que lo convoca a galopar. Tanta es la pasión de la bibliotecaria por libros y lectura, tanto su compromiso con la vida latente en las palabras, que susurrante pide silencio a caballo y hombre. E insiste con un gesto para que no sean perturbados quienes leen en las mesas. Y, sí, ella ve a los de Cervantes alejarse al galope. Y lo que le asombra es que no resuenen los cascos. □



Edición francesa de J.J. du Bochet, 1836



Sanchijote

Enrique Hoyos Olier . *Cuentos*. Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá 2004)



Foto Luis Ocharán , 1905 publicada en Graphos Ilustrado, febrero 1906

En cuanto se apercibió de nuestra presencia, se nos vino derechamente, y soltó la andanada.

—Válame Dios, si no es vuesa merced el bueno de Angulo el malo. Y ha de andar haciendo comedias por estos pueblos de Dios.

—Así es, amigo Sancho —le respondí, que ya le había reconocido—. Sigo haciendo “La cortes de la muerte”, que las comedias que agora se estilan son todas disparates: las hay que necesitan de comento para entenderlas; que ponen la última escena de la tercera jornada al comienzo, luego la segunda de la primera; en fin, Sancho, que me vuelvo loco. Y, vos, Sancho, en qué andáis que parecéis un remedo de vuestro amo.

—Vámonos despacito, Señor Angulo el malo, Sanchijote para vos y toda vuestra alegre compañía. Que en cuanto mi amo dejó este mundo, su sobrina, mi señora, me dejó, no sé si por su mandato, la lanza, la adarga, la celada y el rocín, por lo que colegí que quería que siguiera su pasos. Y aquí me tenéis, como vos, por estos caminos, deshaciendo entuertos y otras lindezas. Cada cual a lo suyo, vos a las letras y yo a las armas.

Y, sin más, picó su rocín y se perdió tras una nube de polvo. □

Don Molino de La Mancha

David Sánchez Juliao. *Almacosario* (o... cosas con alma).

En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivió un molino de esos de aspa de maderos, harina antigua y lúgubre interior. Un día comentó a su molino vecino:

—Mirad, señor, vienen allí caminando hacia nos... un par de bultos de trigo.

—¡Que no son bultos de trigo, tontarrón —exclamó el vecino—. Que son un caballero andante y su escudero! —Que son dos bultos de trigo, os digo. Los estoy viendo con mis propias ventanillas.

—A vos, señor —volvió a hablar el primer molino—, os ha empezado a afectar tanta lectura. □



La otra ruta del Quijote

Gabriel Pabón Villamizar. *Re-versiones*. Ed. Letra escarlata , Bogotá:, 1999).

Conocedora de la fama del Quijote y curiosa por saber de las nobles aventuras que vivían los caballeros, Aldonza Lorenzo aprendió a leer y comenzó a devorar libros de caballería con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el oficio de fregona; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que gastó sus ahorros para comprar libros de caballería en qué leer, y así llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos.

En resolución, ella se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, a ella también se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loca en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse señora, e irse por el mundo a ejercitarse en todo aquello que ella había leído que las señoras se ejercitaban, y así cobrar eterno nombre y fama. Con el nombre de Dulcinea del Toboso, salió en busca de caballeros: ¡había tantas heridas que curar, tantas soledades que mitigar, tantos quebrantos que aminorar, tantas lágrimas que enjugar, tantas fiebres que atemperar, tantas tristezas que consolar, tantos deseos que aplacar!

En su mente dislocada, confundía arrieros con duques, cuchilleros con marqueses, estafadores con príncipes, salteadores de caminos con caballeros andantes, prófugos con embajadores de alta ralea. A todos brindó con su gracia, convirtiéndose en el mejor consuelo de los afligidos y en el más dulce refugio de los pecadores...

Un día, curada ya su locura, quiso regresar a su patria; pero en el lugar de la Mancha donde había nacido, no querían acordarse de haber visto nacer a “esa” mujer. Y hasta el sol de hoy.

No hay libro que narre sus dulces aventuras ni fama que la persiga como no sea la de ser la puta más grande del mundo. □

Quijotescas V

Juan Romagnoli. *Ciempiés*. Los microrrelatos de Quimera. Neus Rotger y Fernando Valls [eds.] Montesinos, Barcelona, 2004,

Ya en el lecho de muerte, el Hidalgo recobra ingeniosamente la cordura y, de inmediato, comprende que su vida no ha sido sino una mera ilusión, una agradable (aunque delirante) fantasía, producto de su locura: su pueblo natal, su escudero, su amada, sus aventuras, los presentes, su biógrafo manco, los lectores. □

Historia de Don Quijote

José María Merino- E-kuoreo sin datos edición

En un lugar de la Mancha vivió un ingenioso hidalgo y caballero que estuvo a punto de derrotar la realidad. □



Alonso Quijano

Pablo Montoya Campuzano. *Viajeros*. Medellín: Universidad de Antioquia, Colombia 1999

Estas no son comarcas de castillos. Tampoco reinos donde se reclamen mi voz y mi espada. La muchacha de la aldea ya no está. Atrás no escucho la palabra fiel del escudero. Lo que hay aquí es una bicicleta, bajo una luz huérfana de fuego. Así se llama, porque un hombre nos ha dicho. Se ha metido las manos en sus ropas raras y ha repetido, ausente, esto es una bicicleta. Y ha seguido sin preguntarnos por nuestro rumbo, sin siquiera mirarnos. Es mejor así. Acaso yo no hubiera podido responderle. La luz hostiga y le digo a Rocinante que continuemos. Como una exhalación, nuestras sombras se dispersan en la noche. □

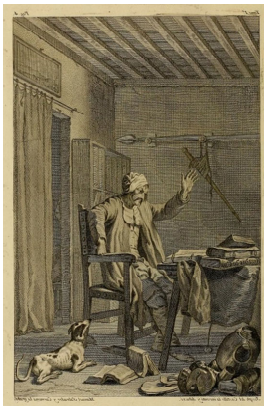
Molinos de viento

Umberto Senegal. (*La uva de los filósofos*. Manizales: Universidad de Caldas, Colombia 2010

Los molinos salieron al encuentro de Don Quijote, confundiéndolo con un caballero. □

Cuántica del Hidalgo

Aliex Trujillo. Universidad Central, Bogotá s/d



Si la noción cuántica del mundo no está equivocada, podemos ver apenas lo que podamos comprender. Los aborígenes de acá, la primera vez que las miraron no vieron, ni las naos de barlovento ni los animales de ancestros beduinos. Lo mismo ocurrió en el allá del orbe.

Los campesinos de la región de Campo de Criptana y un forastero que por ahí regresaba, tampoco vieron al Hidalgo montando en lo que de veras era.

El Hidalgo en el zoco había adquirido para calmar su vicio, un cofre moro con viejos pergaminos. Eran copias árabes de los bocetos de un maestro florentino que vivió antes, casi veinte lustros.

Son desconocidas, por la invención moderna del relato, las secretas destrezas y ocupaciones del Hidalgo con los hierros y las maderas, con la forja y el cepillo. Alumno aventajado fue de los monjes errantes que todo lo sabían de ambos oficios, se ayudó de los maestros de Al-Mansha.

Ese día, por las tierras sin agua, el Hidalgo arremetió contra los molinos ingeniosos, montado en el ingenioso truco con ruedas del florentino polímata. Todo perro perseguiría al esperpento desde ahí hasta los días de todas las generaciones como lo hizo el galgo aquel día.

Aprovechó una cuesta y programó (todavía no se llamaba así lo que hizo) su dirección, una mano en el manubrio y la otra apuntando con la lanza tanto a la injusticia misma como a las venideras. Los testigos, gente de cosas simples, y el forastero afectado por la guerra; por aquello de la noción cuántica, vieron en el pedaleo del Don, un picar con espuelas el costillar de un rucio lamentable. Tampoco vieron ninguna de estas dos clases de gente, que el escudero del Hidalgo montaba en lo que se llamaría un velocípedo. □

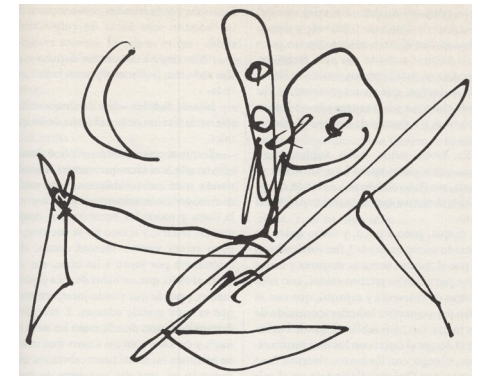


Ilustración de Antonio Saura



En la Ínsula Prometida

Alberto Paz

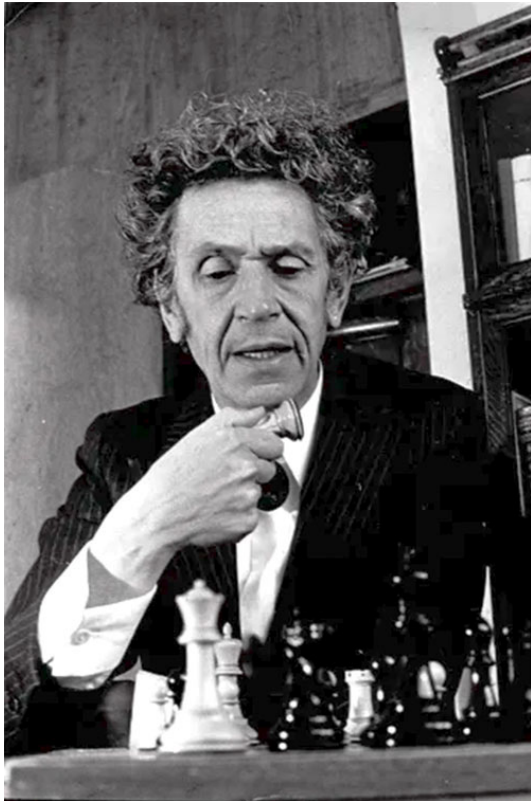
-¡Abuelo! ¡El tío Rucio se volvió a comer el libro completo del Quijote de la Mancha!

-¡Válgame Dios! ¡Corre hijo y tráeme las pinzas! ¡Ya ves que luego vomita molinos y gigantes y hace todo un tiradero!□

Por Ventura

Marcial Fernández

Atacó a los molinos de viento. Y cayó herido un gigante.□



Juan José Arreola

TEORÍA DE DULCINEA

Juan José Arreola. *Narrativa completa*. Alfaguara, México 1997, pg. 135

En un lugar solitario cuyo nombre no viene al caso hubo un hombre que se pasó la vida eludiendo a la mujer concreta. Prefirió el goce manual de la lectura, y se congratulaba eficazmente cada vez que un caballero andante embestía a fondo uno de esos vagos fantasmas femeninos, hechos de virtudes y faldas superpuestas, que aguardan al héroe después de cuatrocientas páginas de hazañas, embustes y despropósitos.

En el umbral de la vejez, una mujer de carne y hueso puso sitio al anacoreta en su cueva. Con cualquier pretexto entraba al aposento y lo invadía con un fuerte aroma de sudor y de lana, de joven mujer campesina recalentada por el sol.

El caballero perdió la cabeza, pero lejos de atrapar a la que tenía enfrente, se echó en pos a través de páginas y páginas, de un pomposo engendro de fantasía. Caminó muchas leguas, alanceó corderos y molinos, desbarbó unas cuantas encinas y dio tres o cuatro zapatetas en el aire.

Al volver de la búsqueda infructuosa, la muerte le aguardaba en la puerta de su casa. Sólo tuvo tiempo para dictar un testamento cavernoso, desde el fondo de su alma reseca. Pero un rostro polvoriento de pastora se lavó con lágrimas verdaderas, y tuvo un destello inútil ante la tumba del caballero demente. □



Carta a Dulcinea

Héctor Olivera Campos . Primer Premio IX edición Hipatia . Lleida, 2018

Fue cosa grande y curiosa que un labriego, paticorto y panzudo, de piel cetrina y agrietada, requemada por los soles de Castilla, se presentara en la casa de Aldonza portando una carta de su amo para ella. La mujer le informó que no sabía leer, así que le rogó que se la leyese, pero el hombre, que dijo llamarse Sancho, también era analfabeto. Y como la misiva viajaba con el requerimiento de su pronta respuesta, Aldonza mandó avisar, por uno de sus chiquillos, a Tomás, bachiller y sacristán del pueblo.

“Soberana y alta señora, –comenzó a leer el sacristán. Aldonza no pudo evitar reírse al escuchar semejante tratamiento. –mi Dulcinea”.

-Aquí hay un error, mi nombre es Aldonza Lorenzo.

-No hay yerro alguno –certificó Sancho-. La carta va dirigida a vos.

Tomás leyó un par de frases más y se detuvo, alegando que no eran palabras convenientes para ser dirigidas a una mujer casada, pero Aldonza le replicó:

“Ya sabré yo defender mi virtud. Siga su merced leyendo”.

Lo que la mujer escuchó fue una declaración desaforada de amor a su persona, para nada vulgar y no exenta de belleza, junto al ofrecimiento de ayudarla, pues a oídos del autor de la epístola había llegado la noticia de que su marido la maltrataba. “Y yo, qué por juramento me debo a la defensa de las viudas, los huérfanos, las damiselas y otros seres indefensos –rezaba la carta-. ¿Qué no haría por vos tu cautivo caballero?”. Tras lo cual, retaba al villano de Celedonio, su esposo, “a singular combate” del que no dudaba que saldría maltrecho para su oportuno escarmiento. “De tal guisa quedará, y tan descompuesto, que ni osará pensar, tan siquiera, en faltarte el respeto, dama de mis desvelos”.

Finalizaba el pliego de forma memorable:

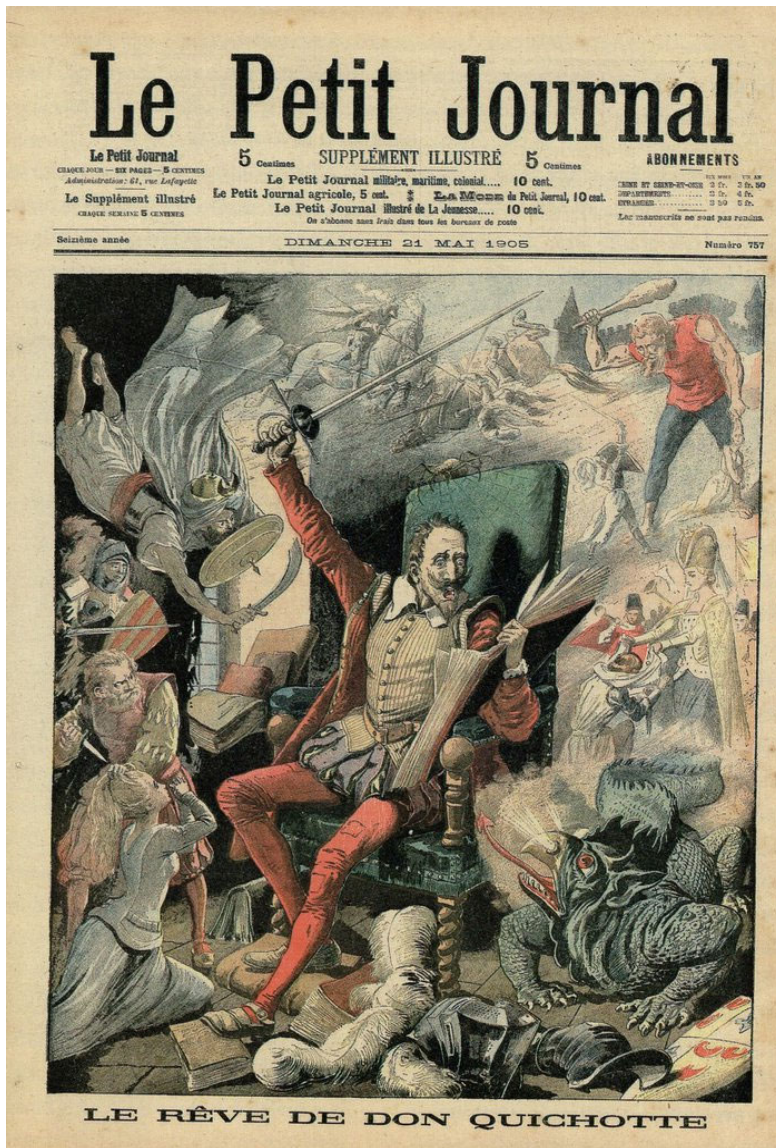
“El herido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo. Si gustares de socorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,

El caballero de la triste figura”.



La primera reacción de Aldonza a aquellas inflamadas letras fue la de protestar, pues ella jamás supo de aquel que le escribía ni le dio cata de ello, y por no conocerlo de nada, su atrevimiento era gratuito y lesivo para su buena fama. Extremo, éste, que confirmó Sancho, el criado, quien dijo que era así como amaban aquellos que se consagraban a la orden de caballería; el objeto de sus pasiones no precisaba correspondencia y, ni tan siquiera, su conocimiento por parte de la persona amada.



De inmediato, y aunque habría de confesar para sus adentros que algo halagada sí que se hallaba –nadie le había dirigido nunca palabras tan esmeradas–, Aldonza sintió una oleada caliente de vergüenza, que ascendiendo desde su pecho le incendió las mejillas. ¿Hasta oídos de aquel desconocido habían llegado sus sinsabores? Andar en boca de todos. Un loco pretendiendo protegerla, ¡qué vergüenza!

-Ese hombre está ido –fue lo segundo que atinó a decir la moza.

-¡Desvaría! –remachó Tomás, el bachiller, quien a duras penas podía reprimirse la risa por lo que acababa de leer. Aldonza, a la que el sacristán en más de una ocasión la había encontrado faenando el trigo, sudada y correosa, aderezada por un olorcillo algo hombruno, cuando no despidiendo un aliento a ajos crudos que atosigaba el alma, era para aquel chiflado ¡una princesa! Hacía años que Tomás no disfrutaba con un chisme tan divertido.

Aldonza observó cómo al sacristán se le insinuaba una sonrisita bajo el bigote y sus pupilas brillaban de picardía y comenzó a sentirse incómoda y más avergonzada todavía.

Sancho exigía respuesta. La aldeana cerró los ojos, buscó las palabras y tras unos segundos de reflexión, colocó sus manos en jarras y declaró con decisión:

-Dile a tu señor que Aldonza Lorenzo no trata con locos y que vaya a otra que le haga merced con esas lisonjas, que soy mujer casada y decente, y lo suficiente bizarra para no necesitar el auxilio de nadie en lo que a solucionar sus problemas se refiere, por muy caballero andante que sea”.

Aldonza contempló a Sancho abreviar a su rucio en el pilón y marcharse cariacontecido del pueblo. El resto de la tarde la pasó llorosa y triste. Por fortuna Celedonio había marchado a Tomelloso a realizar unos negocios y no regresaría hasta la noche.

A lo largo de aquella tarde interminable la mujer no cesó de preguntarse cómo había llegado a su estado de postración.

Aldonza se casó enamorada de su Celedonio, que bien galante fue durante el cortejo, reservando sus crueldades para después de la boda, cuando creyó que los sacramentos sujetaban a su esposa a su dominio. Desde bien temprano su matrimonio se aderezó con amarguras y su marido ya no ocultó sus defectos, ni su mal carácter, ni sus iniquidades. Y a poco a poco su esposo le fue comiendo la moral y el aplomo, llamándola boba



a cada instante, diciéndole que no servía para nada, que había tenido suerte de encontrarse con un hombre como él que la mantuviese porque ella era una muerta de hambre. Y reconocía, para su vergüenza e incredulidad, que se fue achicando y amilanando con el tiempo, aceptando, poquito a poco, lo inaceptable, hasta que ella misma ya no llegaba a reconocerse. Y hasta comenzó a vivir con miedo, pues a las palabras le siguieron, no mucho tiempo después, los golpes, sobre todo, las noches que llegaba borracho a casa. Y aunque quiso salir de aquel pozo, cada vez más angosto, nadie parecía querer ayudarla. El cura, al que explicó sus cuitas en confesión, le recomendó santa paciencia y resignación cristiana; su madre le dijo que pensara en los niños y otras mujeres casadas de la aldea con las que trató sus pesares, le revelaron sufrir males semejantes, haciéndole notar que debía entender que el matrimonio no era como prometían los cuentos, así que nada de vivieron felices y comieron perdices. ¿Debía resignarse, como le aconsejaban? No, ¡basta ya! Aquella carta había sido como una gran bofetada que la sacaba de su estado de aturdimiento. Tener que aguantar todo aquello ¡con lo que ella había sido! “Yo ¿una damisela? ¿un ser indefenso? ¡Pero que se han creído ese demente!”, se dijo a sí misma. Pensó en sus desdichas y en su determinación de acabar con ellas y le arrebató un llanto liberador, estaba decidida a que aquellas fuesen las últimas lágrimas que Celedonio le arrancase. Aldonza, otrora mujer fuerte y decidida, no habría de aceptar nunca más la sumisión ni la resignación y menos frente a su marido, un pobre diablo frustrado, miserable y mezquino; tirano en el hogar, don nadie en la calle. Volvería a ser la mujer gallarda que fue y pondría fin a sus amarguras.

Aquella noche Aldonza le preparó a su marido la cena sin pizca de sal. Celedonio tras probar la sopa se quejó que estaba sosa y adjetivó de idiota a su esposa por enésima vez. La mujer vació el caldero de sopa caliente sobre la entrepierna del hombre. Celedonio gritó de dolor y en cuanto estuvo algo repuesto se dirigió hacia ella, entre sorprendido y furioso, con el propósito de agredirle, pero Aldonza, que le esperaba, le estampó el puchero en la cara y en el mismo acto lo echó a patadas de la casa.

Y aunque al principio hubo en El Toboso quienes criticaron a Aldonza por tratar de aquella manera a su esposo, al final, comprendieron que le estaba dando mala vida y que se topó con lo que andaba buscando.

Desde aquella noche Celedonio vaga por las tabernas y ventas de la comarca, y quejumbroso proclama, a quien quiera escucharle, lo malas que son las mujeres, especialmente la suya. Los paisanos se burlan de él, de puro patético que rumia sus quebrantos, y como la esposa le rompió la nariz, todo el mundo lo conoce por el apelativo de “el chato”.

En su nueva vida de mujer libre, Aldonza ha decidido que aprenderá a escribir y leer, tarea en la que Tomás se ha prestado a instruirla. No fuera que otro caballero andante volviese a dedicarle nuevas cartas de amor, letras henchidas de pasión de las que sólo ha de gozar su legítima destinataria. □



Foto Luis Ocharán , 1905 publicada en Graphos Ilustrado, febrero 1906

